los social-demócratas llaman a la policía para detenernos, pues «fuera anarquistas de Austria», como dicen ellos.

A pesar de todas estas dificultades—incomprensibles en otros países.—nuestro movimiento hace progresos inmensos. El número de lectores de nuestro periódico aumenta y el déficit disminuye.

Cada semana se celebran al menos dos reuniones y son varios los oradores. El último número de nuestro órgano bimensual está dedicado a Miguel Bakounine; y es la primera vez que en Austria ha tenido lugar una reunión de conmemoración en una sala conteniendo más de 1.500 personas.

Hacia el fin de este año aparecerán tres folletos, cuyos títulos no podemos anunciar en vista de las artimañas de la policía para evitar la publicación.

Las persecuciones no se han hecho esperar mucho: delitos de prensa y de palabra por artículos y conferencias contra el matrimonio, la propiedad, la familia, en favor de acciones ilegales, etc.; en este momento los compañeros Lozinsky, Podany y Ramos están procesados y su proceso se verá muy pronto.

El progreso es inmenso. Podemos estar seguros de que el movimiento anarquista en Austria no desaparecerá más.

P. R.

De Actualidad

No sabemos qué méritos especiales habrá hecho el cardenal Casañas para penetrar en su cielo, pero nosotros, que tenemos hilo directo hasta con ese cielo, sabemos que San Pedro, después de serias consultas, ha decidido de un modo terminante no permitirle la entrada a Casañas en aquella mansión, sin que antes diga por qué atentó Sala contra él.

Desde Jerez

Un remitente para la gloria

¿Que se condenan los campesinos jerezanos? Pues que se joroben; así todos tuvieran como nosotros tenemos un filantrópico señor que ejerce la noble misión de mandarnos a la gloria con zapatos puestos.

Para que todos lo conozcan daré algunos de sus pelos y señales: es noble y no de sentimientos; no es de esos que la historia nos relata y que allá por la Edad Media se ennoblecían por sus méritos y hazañas guerreras; no, es noble por sus millones, por la buena traza que se ha dado para adquirirlos y por sus ideas ultramontanas. Está condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica y Caballero... de la orden de Calatrava.

¿Queréis saber de qué medios se vale este

señor para facturar imbéciles para el cielo? Pues obliga a sus trabajadores a confesarse por lo menos una vez al año y a oír misa todos los domingos y días de fiesta, y para satisfacción de tan filantrópico señor están obligados a presentarle un certificado del cura garantizando que han cumplido con ese deber.

Hasta ahora esto ocurría con los trabajadores de la bodega, pero como es necesario que el cielo no quede despoblado, cosa que en los tiempos que corremos parece no tardaría en ocurrir, el filantrópico señor Marqués de Domecq ha pensado en aumentar la clientela, y para ello fijó su atención en los campesinos jerezanos dependientes de su nobilísima casa.

Para mejor enseñarnos el camino, no sea cosa que dejándonos en libertad de obrar según nuestra conciencia nos descarriásemos, nos ha presentado un documento que bien pudiera servir de modelo para un nuevo código penal; el tal *documentito* contiene una porción de artículos muy chistosos y que por no haber tenido ocasión de copiarlos no reproducimos; pero si, como vulgarmente se dice, para muestra basta un botón, allá va una que por cierto no es de las peores: «El no es quien nos obliga, sino Dios nuestro Señor; y él en su nombre y cumpliendo como ferviente católico un deber que la iglesia le impone, nos induce a que cumplamos con los deberes de todo buen cristiano.»

Y este buen señor que tan paternal se muestra con los obreros, tiene un modo muy paternal de inducirnos a cumplir con esos deberes de todo buen cristiano, pues a renglón seguido dice: «Que como católico no podrá consentir en su casa obreros que sustenten ideales diferentes de los suyos, habiendo como hay muchos católicos (imbéciles debiera decir) para tenerlos a su servicio.» Y es cierto no le habrán de faltar para poder usar y abusar de ellos como digno representante de aquellos señores feudales de la Edad Media, que a buen seguro no habrán ejercido exacciones ni obrado tan despóticamente como éste obra en pleno siglo XX.

Y sigue la serie de los «él no obliga a nadie»; pero aquel que no se doblegue ante sus caprichos, ese será despedido, y una vez fuera de la casa del señor Marqués... nadie le obliga.

¿Qué entenderá este señor por obligar a un obrero a realizar un acto en contra de su voluntad?

¿El ir con dos inviolables y llevarlo bien amarrado?

El condenar a una familia a pasar hambre y miseria por no querer violentar su conciencia, ¿eso no es obligar?

Y luego que una vez despedido no le obliga. Vemos, que la cosa tiene gracia.

Todo un señor Marqués como ese no debiera de incurrir en semejante ridiculez, pues a cualquiera se le ocurre que llegado ese caso al obrero despedido se le habrá de dar una hija del señor Marqués y de su Dios.

«Que él se considera como el padre de sus obreros.» ¡Cuenta, señor, con lo que se dice!

Pues cuando se trate de obreros nacidos en esta población... puede ser, acaso, porque ¡quién sabe! son tantas las infelices a quienes habrá manchado con su acuerosa baba; son tantas las infelices que han estado a su servicio, que...

Pero cuando se trata de hombres que no han nacido en ella, cuidado, que alguien pudiera tomar eso como a sangrienta ofensa.

Obreros jerezanos: el que tan poco estime su dignidad, el que quiera ser tan imbécil que desee marchar para la gloria de ultratumba que ese ente y sus satélites nos ofrecen, que vista enaguas, porque no es digno de vestir como los demás hombres.

El señor marqués de Domecq aguililla nuestros brazos para acrecentar con nuestro sudor y miseria su fortuna y además pretende también dominar nuestras conciencias para de ese modo perpetuar la ignorancia origen de nuestros males mientras él y demás zánganos de la colmena social gozará y brillará a precio de nuestra sangre.

Por esta vez al señor Marqués la cosa le salió un poco mal, pues una porción de borregos rompieron las malias de la red de cazar incautos y están dispuestos a mofarse de él, de su Dios y demás zarandajas por el estilo.

Hasta otra, señor Caballero de... Calatrava. S. O.

Maremágnum

El compañero Angel Fernández Llana tiene en esta Administración dos cartas certificadas, las que se le ruega pase a retirar, pues de no hacerlo en breve serán retornadas al correo.

Ha ingresado en la Cárcel Modelo de esta ciudad el compañero José Arranz, donde ocupa la celda núm. 137 en la 2.ª galería.

Arranz ha sido trasladado a ésta para responder ante esta Audiencia en el proceso que se le sigue por haber el fiscal considerado delictuoso el contenido del artículo «Las dos leprosas», publicado en un periódico de Barcelona.

Aun cuando la traslación de nuestro compañero se ha efectuado en tren, cosa rara en estos tiempos de tiranía maurista, ella se hizo con una lentitud desesperante; veintidós días en la cárcel de Jerez, siete en la de Valencia y otros cuatro de ferrocarril, para al fin ser recluido en una celda común, pues aun cuando el delito por el cual es perseguido nuestro compañero es de los llamados de imprenta, como se trata de un obrero y no de un criminal de *campanillas* está sometido al régimen común. Si se tratara de un político de los que pueden proporcionar ascensos o empleos, otra cosa diferente a buen seguro habría de ocurrir.

El anciano y siempre firme compañero José Ponce, que desde hace diecinueve meses sufre en la cárcel de Cádiz los rigores de la injusta

prisión preventiva, en breve será trasladado a Santa Cruz de Tenerife para responder ante aquella Audiencia de un proceso por ataques a la religión católica.

El odio y la saña de la clericalia se ha ensañado de tal modo con nuestro compañero que, a pesar del tiempo transcurrido y de que otros procesos que fueron instruidos en igual fecha hace ya mucho tiempo que han sido fallados, siendo abuelto los compañeros Alfonso y Rodríguez Pejares, el de nuestro amigo Ponce está señalado para el 9 de diciembre próximo.

Seguramente Ponce será absuelto, y entonces será cosa de preguntar qué es y qué se entiende por justicia.

Correspondencia administrativa

Mahón.—J. M. y M. Recibidas 18,00 pesetas; por saldo cuenta 2.ª época, 4,55 y por paquetes tercetos, 13,45. Va carta.

Cullera.—«Grupo Pedagógico». Idem 10,45; por saldo cuenta de Cerveró, 1,45; por paquetes, 5,00 y 4,00, como donativo.

Niza.—F. B. C. Idem de La Escala, 8,00; por saldo cuenta 2.ª época, 2,35; por paquetes, 2,00; para suscripción, 1,00 y 2,65 para folletos.

Santa Cruz de Tenerife.—A. C. Idem 7,00; por paquetes, 5,50; para «La Voz del Cantero», 1,50 pts.

Elche.—P. P. Idem 4,00 por paquetes. En la carta dice enviar 5 pesetas, pero el recibo solo es por valor de la cantidad que abonamos.

Lérida.—Grupo «Epartaco». Idem 5,00; para los números 9 y 10 de TIERRA Y LIBERTAD, 2,00; para el 3 de «Acracia», 1,00 y 2,00 para postales que enviaremos.

Albuquerque.—Idem 10,00; todo se arreglé sin dificultad.

Barcelona.—Tasso. Idem 2,30; liquidado el 8. Barcelona.—F. A. Idem 0,50 para presos Alcalá del Valle.

Figueras de Asturias.—J. A. G. Idem 5,00 por suscripción.

Oviedo.—M. G. Idem 2,10 por suscripción; tienes pagado hasta el número 17 de 3.ª época.

Málaga.—R. R. Idem 12,15; por los números 7 y 8, 2,00; por «Acracia» número 2, 3,00; por 4 cartillas E. M., 3,00 y 4,15 por donativos según lista que se publicó en sección donativos.

Cala.—F. M. Mandamos lo que pides y aumentamos paquete.

Bilbao.—J. I. Idem 7,50 por paquetes. Escribimos y certificamos carta a ver si de este modo conseguimos que el correo no se la trague.

Cádiz.—A. A. Idem 3,00 por paquetes tercera época.

Rasines.—F. G. Idem 2,50; para manifiesto Zaragoza, 1,75; para certificado, 0,25 y 0,50 para presos.

Premia de Mar.—M. B. Idem 13,50 por paquetes.

Mataró.—Idem 6,00 por los números 4, 5 y 6. Imprenta José Ortega, San Pablo, 96.—BARCELONA

LA MISIÓN DE LA MUJER

Sabemos que en los pueblos primitivos la mujer es la que decide la guerra o la paz entre los diferentes grupos o familias que componen la tribu. ¿No nos ha dejado Homero el impercedero recuerdo de la lucha grandiosa que sostuvieron los pueblos más potentes de la Antigüedad civilizada? ¿No decide Cleopatra de los destinos de los dueños de Roma, señora del mundo?

Nos será suficiente citar las famosas reinas Semíramis, Isabel la Católica, Isabel reina de Inglaterra, la Emperatriz viuda de China, etcétera, etc.

Sin embargo, no son estos hechos célebres y casi maravillosos los que creemos marcan mejor la misión de la mujer en la historia, sino el estudio de la evolución de la humanidad, en la cual por un trabajo incansable, aunque invisible, aparece su verdadera influencia.

En Grecia en el siglo de Pericles, como en Roma durante su grandeza, las prostitutas hijas del pueblo someten a sus leyes y a sus caprichos a los hombres más potentes por su nacimiento, su fortuna o su talento.

La palabra que decide de una guerra o de una conquista, y que decidirá sobre la suerte de la humanidad, puede depender de la voluntad de una mujer, que digo, ¡de una esclava!

¿Es aquí donde se ve el triunfo de la autoridad del hombre?

En la Edad Media, durante el reinado de la fuerza bruta y donde la justicia misma se decide por un combate en campo cerrado, la mujer hace postrar a sus pies a aquellos rudos caballeros transformados en trovadores, recibe los bardos errantes y la gran dama corona con un beso la frente del poeta plebeyo. Mientras su señor y dueño guerrea, caza las fieras o se emborracha bestialmente, la señora lee, sueña y medita en la soledad y la contemplación de la naturaleza. Su delicado espíritu se hace apto para experimentar todas las delicadezas del sentimiento y abrazar con entusiasmo las ideas elevadas y justas. Así vemos que recibe con delicia los poemas del Renacimiento latino y contribuye a inspirarlo. Reconoce en la Reforma, a pesar de la sequedad y rigor de su doctrina, una revolución de la razón y por ella se interesa.

Pero sobre ella vela un hombre que no es ni su esposo, ni su amante, ni su padre, ni su hermano, y que, sin embargo, se hace llamar por ella padre y hermano, ocupando la plaza de amante, al menos en su corazón.

Este hombre es el cura. No es ni grosero, ni brutal, ni borracho como el marido; es, por el contrario, dulce, instruido y diestro. Es el único entre los hombres que está dispensado de llevar armas ni entregarse a trabajos manuales; sólo él ha podido pasar su infancia leyendo las obras de los grandes espíritus de la antigüedad, y bajo las soberbias arcadas de las antiguas cate-

drales los trastornos de su pubertad han crecido y se han transformado en amor místico, en tanto que escuchaba las voces de los órganos y de los efebos cantar las alabanzas de la Virgen María, resplandeciente de joyas en una aureola de luz. Debe rechazar los deseos carnales; le está prohibido amar abiertamente a mujer alguna, pero le es permitido verter dulcemente sobre todas las que le plazca un poco del amor contenido que no puede satisfacer.

El confesorio le da el derecho de buscar y de conocer los secretos de los actos, de los sentimientos y de los pensamientos de sus bellas penitentes.

Establécese así una intimidad que se fortifica en sucesivas visitas, rompiendo agradablemente la soledad, a que se halla condenada la señora.

Se habla de amor, de amor hacia Dios, bien entendido, pero ¡caso no es el cura su representante en la tierra y no es preciso pasar por él para llegar a la divinidad?

El sabe cómo debe tratar su alma delicada, ha tenido la misma educación y lleva casi el mismo vestido. Sólo él puede calmar sus penas, consolar su desesperación, proveer alimento a su inocupación, pensamientos que el cura ve al punto y se apresura a satisfacer.

Cualquiera que sea la parte que del estado de espíritu de la señora pueda él recoger para su satisfacción y provecho personal, no por ello deja de mantenerla en el temor de Dios y en las prácticas de la religión, toda vez que por ésta obra sobre el hombre y le gobierna.

En la Edad Media no aparece solamente el reinado de la fuerza, sino más bien el reinado de la mujer, o mejor aún, el del cura. En los períodos siguientes de la historia, a medida que la potencia de la fuerza brutal disminuye, se debilita la influencia del cura sobre la mujer, la que reemplaza este semi-hombre por un amante, que la satisface más completamente. En el siglo XVIII esta aventurera de amor es el tema de todas las conversaciones de la corte, llegando a conquistarse una situación oficial. El rey que gobierna la Francia es ostensiblemente gobernado por su querida llamada Madame de Maintenou, la Vallière, la Montespaú, la del Barry o la Pompadour.

Trabajan con ardor los escritores, mas son las mujeres quienes deciden de la reputación, consagran los talentos y acuerdan la protección sin la cual no sabría vivir ninguno de ellos.

No juzguemos con demasiada severidad las concesiones hechas por los grandes talentos a las travesuras en que con vivo interés toman parte las señoras de esta época, recordándonos que gracias a ellas Voltaire, d'Alembert, Diderot y J. J. Rousseau han tenido tiempo de infantar la Revolución.

Presentes están en la memoria de todos los

menores hechos de esta gran época para que yo tenga necesidad de otra cosa que hacer notar la parte enorme, la influencia frecuentemente decisiva que tuvieron las mujeres de todas las condiciones en los diversos momentos de esta acción que resume el esfuerzo de muchos siglos.

Desde este momento, la mujer del pueblo tiene una misión en la historia: antes era simplemente, o la hembra del siervo formando como él parte del rebaño del señor, o la sierva astuta que, por gozar en secreto de los favores del señor, dirigía toda la casa.

Desde entonces ella puede directamente tomar parte en los negocios públicos: su marido es elector; ella, por consiguiente, decidirá del boletín de voto.

El cura lo sabe, pero si bien no ha soltado su presa, no puede pretender ser el único que ejerza influencia sobre ella, lo que no obsta para que se esfuerce en contrabalancear las otras, tratando con habilidad de volverlas en su provecho.

Solamente él puede dar a las jóvenes la educación que forma la mujer honrada; posee los medios de procurar se hagan excelentes casamientos y buenas posiciones; proporciona plaza a los domésticos; indica los proveedores, haciéndose él mismo proveedor, industrial, corredor de vino y fabricante de licores, confeccionando al mismo tiempo telas de todas clases; y todo ello para evitar a las buenas cristianas el contacto impuro de objetos paganos.

Para merecer los favores de la mujer, se ocupa también del marido, le procura una plaza o favorece su progreso, lo que le es fácil, ya que las administraciones y sobre todo el ejército y la marina están casi por completo entre las manos del clero romano.

Hácese gran elector, disponiendo de numerosos votos, que deja caer según su voluntad en la balanza del buen candidato.

Interviene en los procesos, soborna los jueces, hace mentir los testigos y falsifica los documentos, al mismo tiempo que propaga entre el público, con una necia perfidia, calumnias contra aquellos que defienden, a costa de su posición, de su fortuna y de su vida, lo que ellos creen ser la Verdad y la Justicia.

El cura lleva a cabo este gran trabajo de destrucción y de infamia, no por una acción directa sobre los hombres (éstos no aceptan su influencia sino cuando les interesa, apresurándose a renegar de ella una vez que se han servido y ya no la necesitan), sino por las mujeres, las cuales sufren todavía su dominación.

Véase una prueba de la incommensurable bestialidad humana. La Revolución, que tanto ha trabajado por la liberación del hombre, es hecha en gran parte gracias a la mujer, en reconoci-

miento de lo cual, los hombres han decidido mantener más que nunca las mujeres bajo la dominación del cura, cuya supresión acaban de proclamar como factor de embrutecimiento y esclavitud.

Los más exaltados republicanos, los más atrevidos librepensadores afirman que la religión que ellos niegan es indispensable a las mujeres y a los niños.

¿Por qué este enorme absurdo? ¿Cuál puede ser el motivo de esta inconcebible contradicción?

Porque la religión es una autoridad y el hombre cuenta sobre ella para mantener con toda tranquilidad su propia autoridad sobre la mujer.

Mi mujer me será fiel, afirma el señor, puesto que ella tiene principios religiosos, y, en efecto, su casta y dulce mitad pretexto un sermón o una novena para tener tiempo de asistir a una cita.

He aquí, pues, a donde hemos llegado: después de haber sido un factor de progreso en la evolución del espíritu humano durante los siglos en que la fuerza muscular acaparaba toda la actividad del hombre, la mujer es actualmente un obstáculo al progreso puesto que no participa de la cultura que ha transformado el espíritu del hombre.

Así es, a lo menos, en Francia.

¿Pero ocurre lo mismo en todos los países?

Extendiendo la mirada sobre las diferentes organizaciones que han edificado los pueblos de la tierra, se puede afirmar que el rango ocupado por cada uno de los pueblos en la evolución general, está en relación directa con el puesto reservado a la mujer en su sociedad.

En tanto que en nuestras hermanas latinas, España é Italia y también en Bélgica, la mujer no es para el hombre más que un objeto de placer, y para el cura un medio de dominación.

En tanto que en Turquía la vileza y degradación de la misión de la mujer se acrecienta por la brutalidad de las costumbres, dignas del hombre primitivo.

En tanto que los chinos hacen de la mujer una mercancía, y de aquí su atraso actual en la marcha del espíritu humano: En tanto que en el Japón la mujer es enteramente sometida bajo la dominación del hombre; joven, debe obedecer a sus padres, casada a su marido, vieja a sus hijos ó vernos ó a falta de estos a sus nietos.

Vemos por el contrario la raza Anglo-Sajona partir a la conquista del mundo yendo de la mano el hombre y la mujer, siendo ella tan intrépida, tan animosa, tan resuelta y tan considerada como él.

(Continuará.)